
Presentación

Cuando las luces se apagan, sentimos como una especie de vértigo que nos hace aferrarnos a los brazos de la butaca. Son tan sólo unos segundos de expectativa en los que el deseo se mezcla con el miedo. Hemos ido allí voluntariamente, pertrechados tal vez en nuestro anonimato, pero el diálogo que se establece con nosotros nos compromete por entero. Y lo que ese diálogo compromete en nosotros es justamente nuestra fantasía a través de la fantasía que se nos ofrece. El escenario teatral no es un territorio neutro, las pasiones que se juegan allí son de alguna manera también nuestras pasiones: el cuerpo del actor –sus movimientos, sus gestos– y el universo escénico que lo rodea –iluminación, vestuario, escenografía– entregan esas pasiones a la mirada que los contemplan, y la mirada se solaza en ellas, participa de su dolor o de su gozo, de su exaltación o su tristeza, de esa ficción que también es la nuestra. Cuando las luces vuelven a encenderse, nos damos cuenta que estamos menos solos, otra voz ha comenzado a hablar desde nosotros, con nosotros, y, aunque imaginario, ese será desde entonces un diálogo interminable.

Con este número, hemos querido dar cuenta de ese diálogo imaginario que el teatro entabla con su público, a través de un movimiento teatral que cubrió casi diez años de vida escénica en México: *Poesía en voz alta* (1956-1963). Algunos de sus integrantes, o actores y directores cercanos al grupo, participan de viva voz en este número, en un intento por valorar lo que representó *Poesía en voz alta* en su momento y el legado que dejó para los que asumirían su relevo. Son ellos, sin lugar a dudas, los más indicados para realizar esa valoración. ◇

Agradecemos a José Luis Cruz su colaboración para elaborar el presente número, así como a Tara Parra y José Luis Ibáñez, quienes proporcionaron material fotográfico y documental.